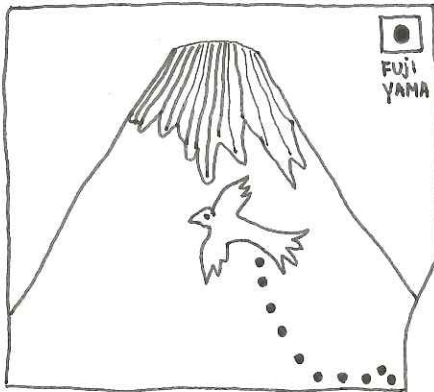
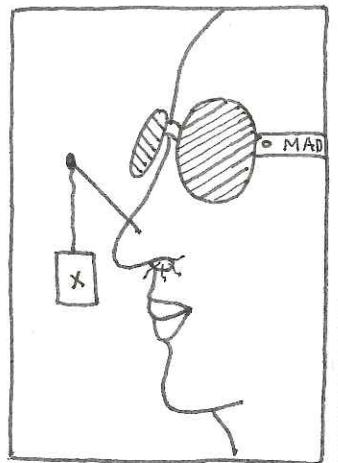
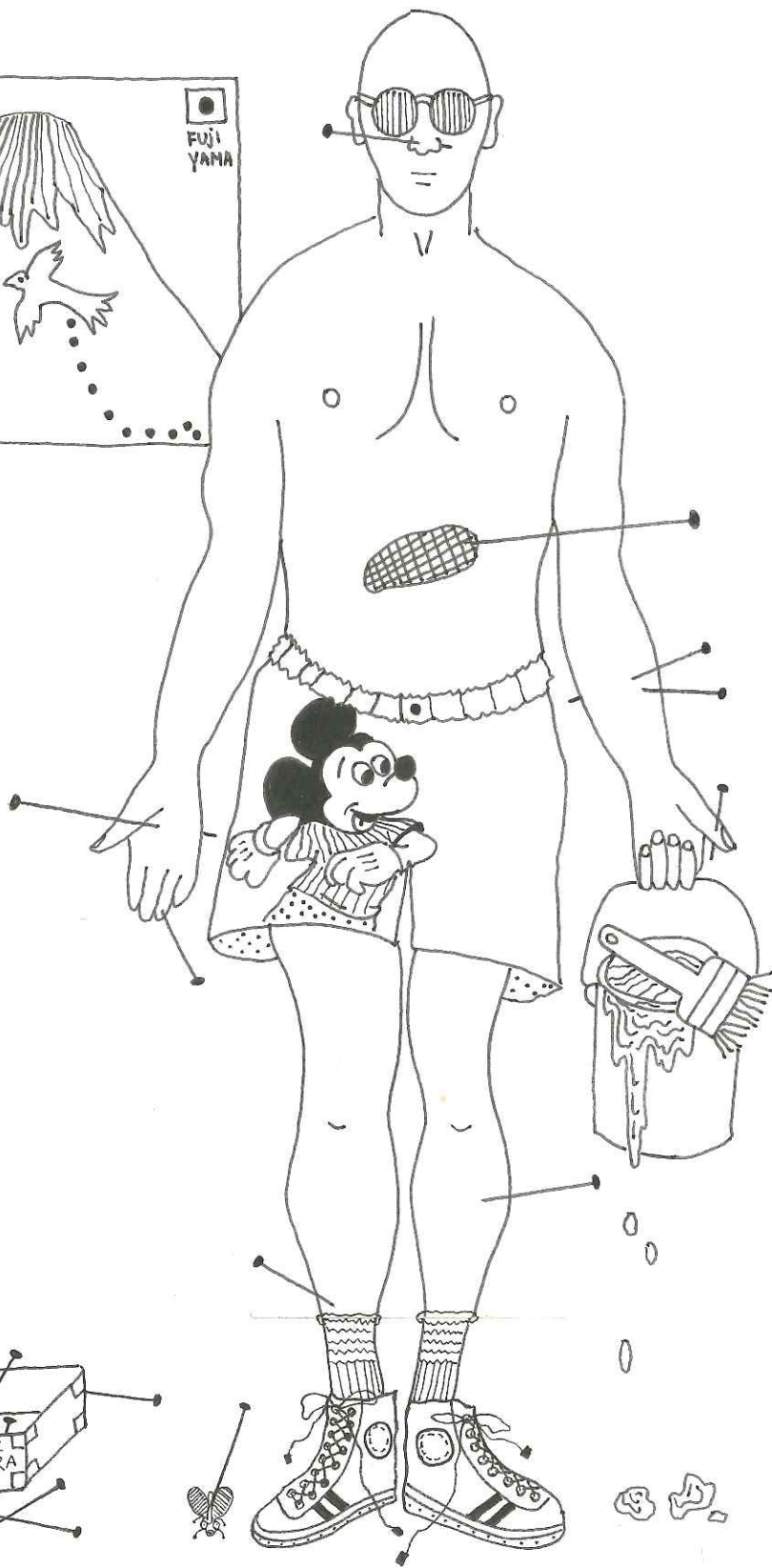




Nijō  
女  
東京 12 B

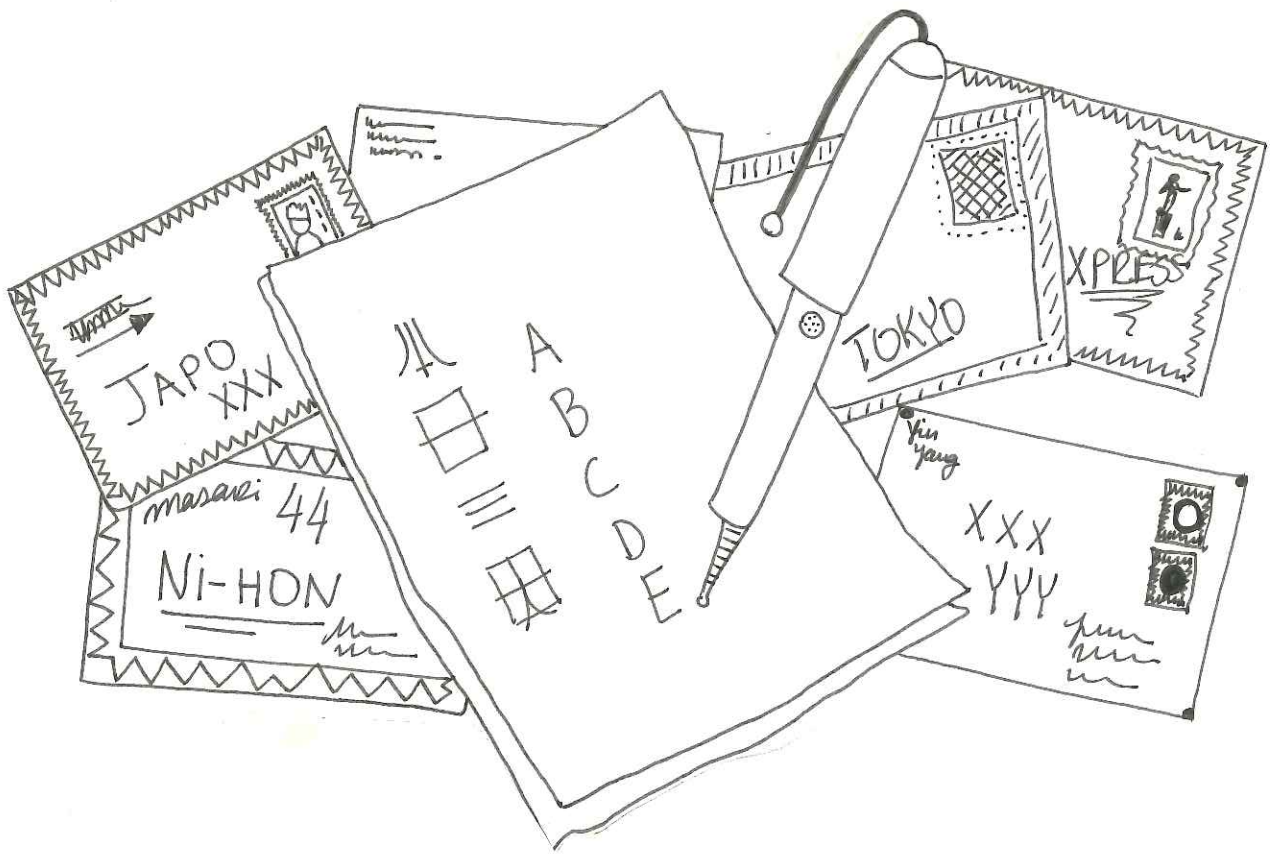


FUJI  
YAMA



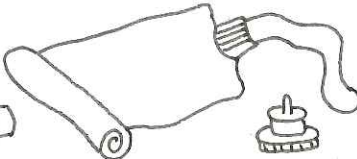
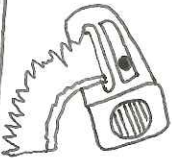
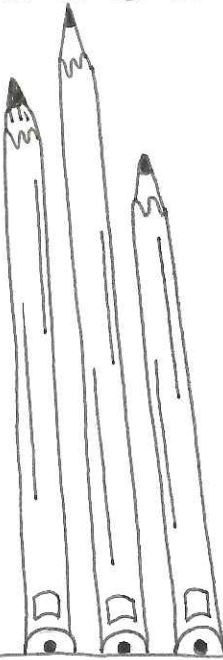
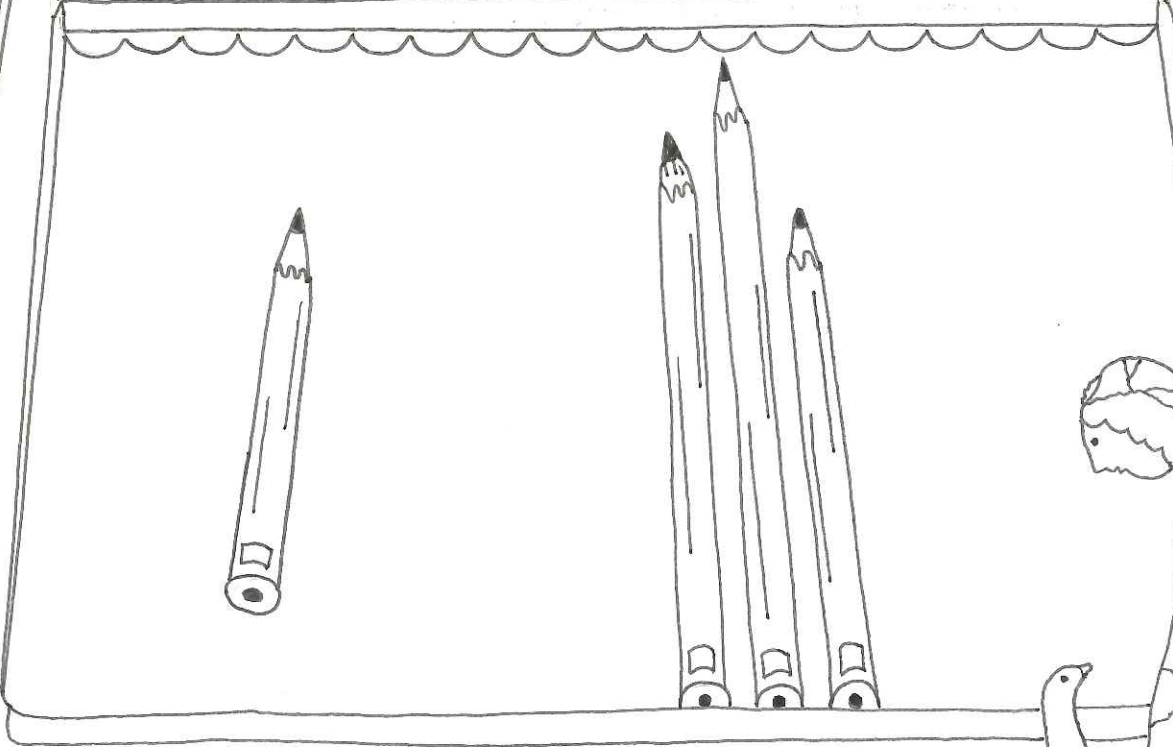
KANA:

アイウエ  
キクコソ  
ニヌノヘ  
ハヒフ  
ル

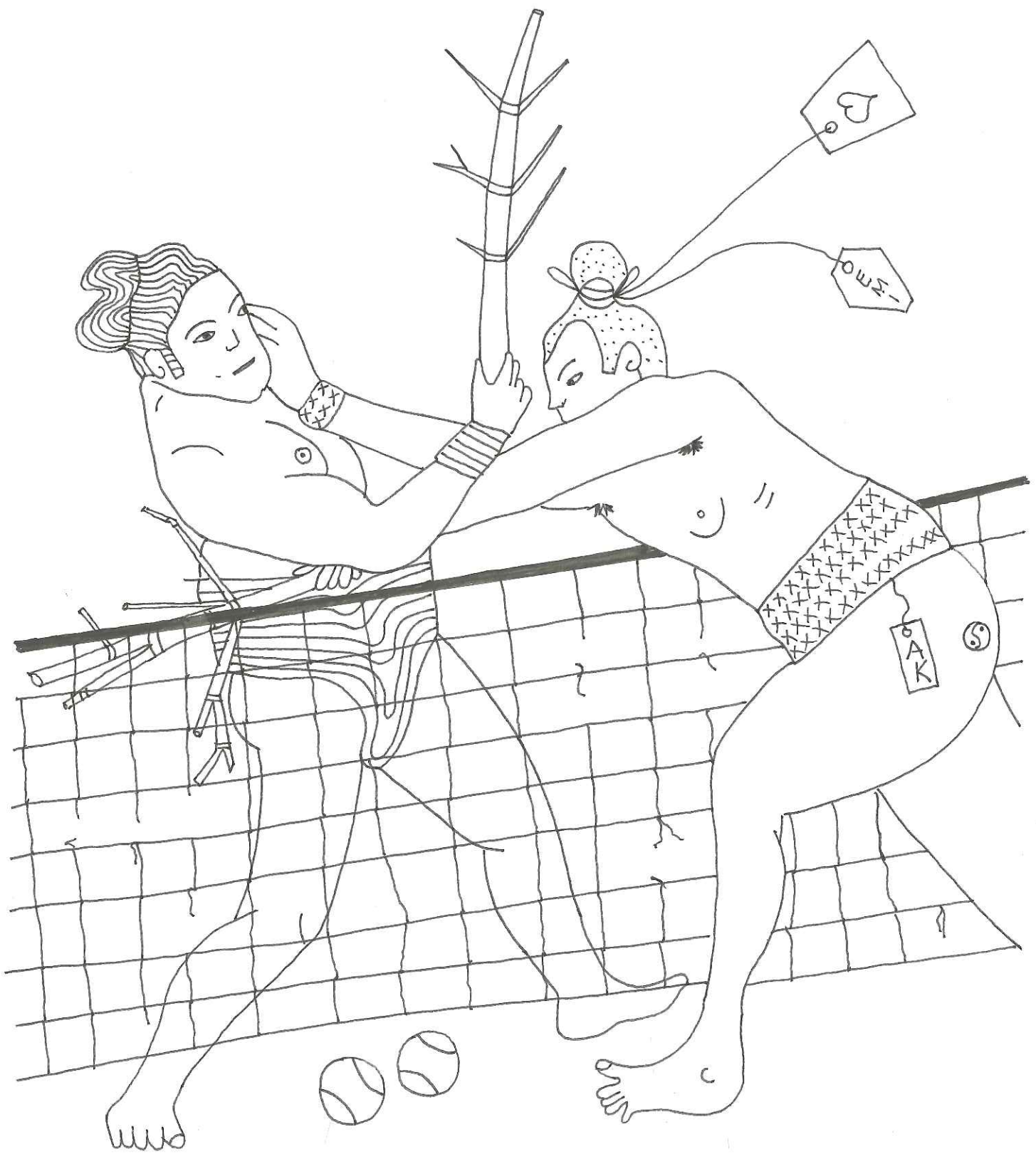


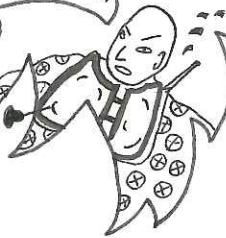
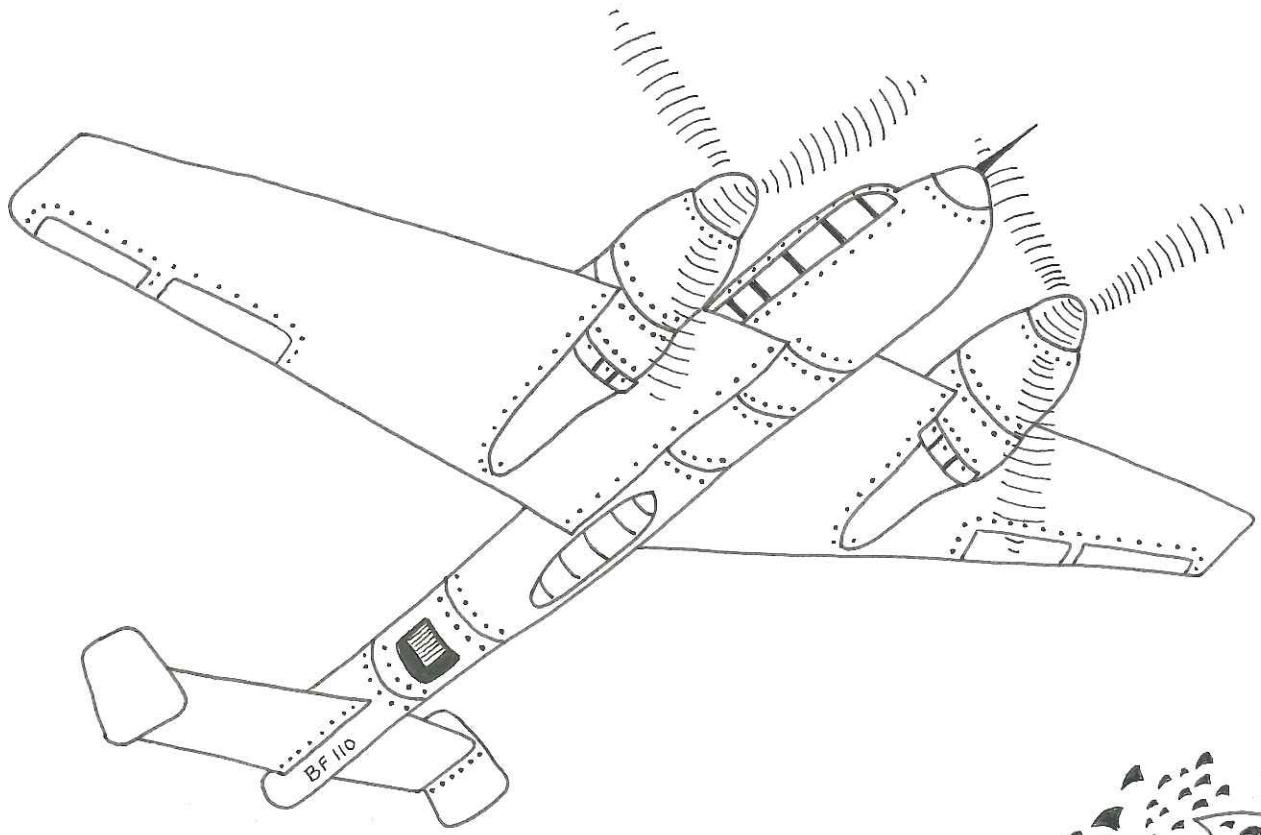
NA  
GA  
SA  
KI

Handwritten Urdu text in a decorative, calligraphic style, possibly a poem or a story, written across the top section of the page.

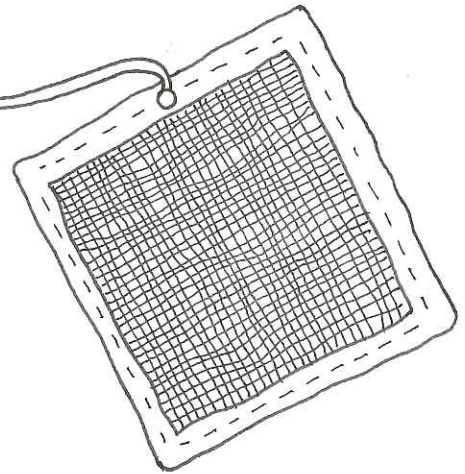
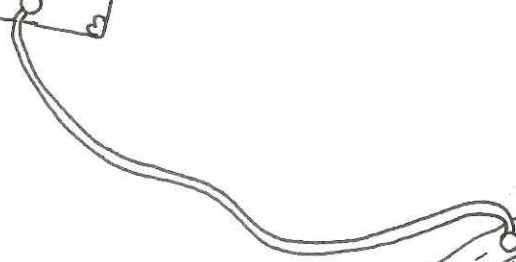
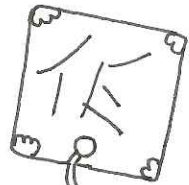














L A S M A N G A S D E A K E M I

Las anchas mangas protegían los brazos de Akemi del frío otoñal. Con sus manos a través de la tela agarraba la pluma y garrapateaba páginas enteras con signos y dibujos.

De pronto se interrumpió y dejando la pluma sobre las hojas se inclinó para alcanzar la desorejada taza de té. Su kimono se desgajó de sus hombros. El olor a té, sus ropas, sus pechos y su pelo, se volvieron un todo.

"Detente!" - Exclame yo. El sol que entraba por el ventanal había iluminado su descote. Durante un segundo su piel había resplandecido, no con el amarillo absurdo y aburrido que se achaca a las pieles orientales, sino con un tono misterioso y candente.

"Ese color que se refleja en ti" -le asegure acercándome al tenso cuerpo y cubriéndolo con el mío, -"es el único y verdadero amarillo, el que Marco Polo vió por primera vez en los flancos mongoles, el que reúne la paleta del sol naciente, el amarillo de recoger mandarinas y el dorado nostalgia del atardecer." Akemi me miró desconcertada y trato de ocultarse detras de las anchas mangas.

- "Daría cualquier cosa por capturar ese color de tu piel" - dije dejándola escapar, mientras ella se tornaba nuevamente blanquecina con el anochecer, "-quiero ese tono asiático y encendido que necesita situaciones únicas para manifestarse, lo quiero." Afuera oscureció y adentro por mas luces que encendí no pude devolver el color a Akemi.

En nuestras noches, cuando jugábamos a copiar los divertimentos de los grabados japoneses, ensayamos baños de yodo, immersiones en agua de té, bebidas de flores de azucena o pistilos de anturio, y unguentos de petalos de rosas. Pero Akemi no recuperó su color.

En los días, ella seguía escribiendo cartas a casa, intercalando ideogramas y kana, ansiando cada vez más estar en su patria y no en este país donde un hombre de enorme nariz quiere pintarla de un color inexistente.

Una noche mientras se escondía tras el biombo dorado para desnudarse, consentí: -"Te llevo a tu Nagasaki, querida," -le dije dando la misma entonación a cada sílaba, para demostrar la seriedad de mi ofrecimiento. Su cabeza se alzó detrás de los paneles decorados con crisantemos y sus ojos se iluminaron como los de una porcelana rota que alguien hubiera terminado de pegar con goma invisible.

Akemi, sonándose y enjugando lágrimas de emoción con su

desechado kimono, recorrió rápidamente el cuarto recogiendo sus pertenencias: un pañuelo de seda, tres pantalones, camisas, frasquitos, lápices... un libro: "Las Confesiones de la Dama Nijo", que cayó al suelo mientras ella se sonrojaba, como si yo no compartiera su gusto por los versos de la cortesana.

A medida que empacábamos las maletas, "Nagasakiquerida" se iba convirtiendo en una palabra mágica que todo lo prometía: sedas multicolores, rostros empolvados en harina de arroz, cejas afeitadas, anchas mangas en las cuales sus diminutas mujeres podían ocultarse para llorar, reír, enrojecer, amar o dormir, a su antojo y conveniencia.

Imaginé su cuerpo brillando en aquella exótica escenografía, sus ojillos negros reluciendo calladamente en el telón amarillo de su cara. Imaginé sus pies reposando en el pavimento querido de Nagasaki, sus manos escondiendo un rosario de cuarzo, o una rama artificial regalada por mí con flores de oro y plata y un poema.

Imaginé que comprábamos en una pajarería una cajita con unguento "uguisi no fun". Que en la noche ella lo abriría después de admirar el delicado diseño de golondrinas en la tapa de madera, sacaría tres o cuatro granos, los molería en un pocillo de piedra, los desleiría en agua y parada frente al espejo se aplicaría el menjunje en todas las superficies

de su cuerpo. Al quitárselo, estoy seguro de que aparecería el color ansiado.

Al otro día en un kiosko pediríamos un refresco, al traerle la naranjada el muchacho miraría cómo el sol traspasaba su kimono coloreando su cuerpo, ella chuparía el jugo débilmente, observando el reflejo en la cara del mozo, el le sonreiría con ojos rasgados y piel metálica. Y el clic de la complicidad se desencadenaría en un momento.

Ella se iría con él y al tiempo, desde mi soledad yo le enviaría golondrinas muertas con un papelito de oración colgando del retorcido cuello: -"Ligeramente al dormir alcancé a ver la manga de otro traje sobre el tuyo, sería esto solo un sueño?" Y ella mentiría al responder: -"Sola extendiendo mis mangas cada noche al dormir, rayos de luna descansan sobre mis mangas de soledad".\*

Jorge Holguín

Be Blixen

Copenague 1989

\* Líneas de la dama Nijō, cortesana japonesa del siglo XIII.